

EL MAESTRO.

Te acecharán.

EL NIÑO.

Me esconderé.

EL MAESTRO.

Te lo preguntarán.

EL NIÑO.

Mentiré.

EL MAESTRO.

No se debe mentir.

EL NIÑO.

¿Por qué no se debe mentir?

EL MAESTRO.

Porque es mal hecho, etc.

Este círculo es inevitable: salid de él, y no os entiende el niño. ¿No son utilísimas estas instrucciones? Mucho celebraría saber con qué se puede sustituir este diálogo; el mismo Locke se hubiera visto apurado. Conocer el bien y el mal, penetrarse de la razón de las obligaciones humanas, no es cosa de niños.

La naturaleza quiere que estos, antes de ser hombres, sean niños. Si queremos invertir este orden, producirémos frutos precoces que no tendrán madurez ni gusto, y que se pudrirán muy presto; tendremos doctores muchachos, y viejos niños. Tiene la infancia modos de ver, pensar y sentir, que le son peculiares; no hay mayor desatino que querer imponerles los nuestros; tanto equivale exigir que tenga un niño dos varas de alto, como razón á los diez años. Y efectivamente ¿para qué le aprovecharía á esa edad? La razón es el freno de la fuerza, y el niño no necesita ese freno.

Queriendo persuadir á vuestros alumnos la obligación de la obediencia, á esta pretendida persuasión unís las amenazas y la fuerza, ó lo que es peor, las promesas y los halagos; de suerte que movidos del cebo del interés, ó del apremio de la fuerza, fingen que los ha convencido la razón. Bien conocen que les trae úti-

lidad la obediencia y detrimento la rebeldía, así que tienen conocimiento de una ó de otra; empero como todo cuanto les mandais, es enfadoso para ellos, y siendo por otra parte cosa penosa ejecutar la voluntad ajena, se esconden para hacer la suya, convencidos de que obran bien si queda oculta su inobediencia, pero resueltos á confesar el mal, si los descubren, por temor de otro mas grave. Como la razón de la obligación excede los alcances de esta edad, nadie hay en el mundo que se la pueda hacer verdaderamente palpable; pero el temor del castigo, la esperanza del perdón, la importunidad, el atollamiento en las respuestas, les sacan todas las confesiones que les piden, y creen que los han convencido, cuando no han hecho mas que intimidarlos ó fastidiarlos.

¿Qué resulta de esto? Que imponiéndoles una obligación de que no están convencidos, los exasperais contra vuestra tiranía, y los retraeis de que os tengan cariño; que los enseñais á que se hagan disimulados, falsos, embusteros, para sonsacar recompensas ó evitar castigos, y finalmente, que acostumbrándolos á encubrir siempre con un motivo aparente otro secreto, vosotros mismos les franqueais medios para que sin cesar os engañen, os impidan que conozcáis su verdadero carácter, y os satisfagan con palabras vanas, cuando se presente la ocasión. Las leyes, me direis, aunque obligatorias para la conciencia, usan tambien de apremio con los hombres adultos. Convengo en ello. ¿Pero quién son esos hombres, sino unos niños estragados por la educación? Eso justamente es lo que se ha de precaver. Valeos de la fuerza con los niños y de la razón con los hombres; ese es el orden natural: el sabio no necesita leyes.

Tratad á nuestro alumno conforme á su edad; ponedle desde luego en su lugar, y retenedle en él de manera que no haga tentativas para salir de su puesto. Entonces será práctico en la lección mas importante de la sabiduría, antes de saber lo que es esta. No le mandeis nunca nada de cuanto hay en el mundo, absolutamente nada, ni dejéis que imagine siquiera que pretendais tener sobre él autoridad ninguna; solo, si, sepa

que es débil y vos sois fuerte; que por su estado y el vuestro os está necesariamente supeditado; sépalo, apréndalo, y siéntalo; sienta cuanto antes sobre su al-tiva cabeza el duro yugo á que sujeta la naturaleza al hombre, el pesado yugo de la necesidad, bajo el cual es fuerza que todo ser finito serinda; vea esta necesidad en las cosas, y nunca en el capricho de los hombres (1); sea el freno que le contenga la fuerza y no la autori-dad. No le vedéis las cosas de que deba abstenerse, estorbadle que las haga, sin explicacion ni racionio; lo que le concedais, concedédselo á la primera palabra que diga, sin importunidades, sin ruegos, y mas que todo sin condiciones. Conceded con gusto, y no negueis sin repugnancia, pero sean irrevocables todas vuestras repulsas; no os doble importunidad ninguna; sea el *no* dicho un muro de bronce, contra el cual, apenas haya probado el niño cinco ó seis veces sus fuerzas, no se empeñará mas en echarle por tierra.

Así le hareis sufrido, sereno, resignado, sosegado, aun cuando no haya alcanzado lo que queria porque es natural en el hombre sufrir con paciencia la necesidad de las cosas, mas no la mala voluntad ajena. Estas pa-labras, *no hay mas*, son una respuesta que nunca enfadó á niño alguno, á menos que sospechase que era mentira. En cuanto á lo demás, aquí no hay medio; es neces-ario ó no exigir de él nada absolutamente, ó doblegar-le desde el principio á la mas entera obediencia. La educacion peor es dejarle que fluctúe entre su voluntad y la vuestra, y que disputeis sin cesar cuál de los dos ha de ser el amo: mas quisiera que lo fuera él siempre.

Es cosa muy extraña que desde que se ocupan los hombres en la educacion de los niños, no hayan imagi-nado otros instrumentos para conducirlos, que la emu-lacion, los celos, la envidia, la vanidad, la ánsia, el miedo, todas las pasiones mas peligrosas, las que mas pronto fermentan y las mas capaces de corromper el alma, aun antes de que esté formado el cuerpo. A cada

(1) Debemos estar ciertos de que mirará el niño como capricho toda voluntad contraria á la suya, y cuya causa no conozca. Un niño no alcanza el motivo de aquello que á su antojo se opone.

instruccion precoz que quieren introducir en su cabeza, plantan un vicio en lo interior de su corazon; desatinados institutores piensan de buena fé que lo aciertan, cuando los hacen malos por enseñarles qué sea la bon-dad, y luego nos dicen con magistral gravedad: ese es el hombre. Sí; ese es el hombre que vosotros habeis for-mado.

Todos los instrumentos se han probado, menos uno, precisamente el único que puede surtir efecto; la liber-tad bien aplicada. No conviene que se encargue de educar un niño quien no le sepa conducir á donde quie-ra, por solas las leyes de lo posible y lo imposible. Como igualmente ignora la esfera de lo uno y lo otro, se en-sancha ó se estrecha esta en torno de él, conforme uno quiere. Con solo el vinculo de la necesidad, sin que él se disguste, se le encadena, se le empuja ó se le contie-ne; con sola la fuerza de las cosas, se le torna dócil y manejable, sin dar entrada al gérmen de vicio alguno, porque cuando ningun efecto producen, no se animan las pasiones.

No deis á vuestro alumno leccion verbal de ninguna especie, pues solo la experiencia debe ser su maestra; ni le impongais ningun género de castigo, porque no sabe qué cosa sea cometer culpa; ni le hagais nunca que pida perdón, porque no puede ofenderos. Privado de toda moralidad en sus acciones, nada puede hacer que sea moralmente malo, ni que merezca reprehension ó castigo.

Ya veo al lector que asustado juzga de este niño comparándole con los nuestros, y se engaña. La perpé-tua sujecion en que teneis á vuestros alumnos, exalta su vivacidad; cuanto mas encogidos están en vuestra pre-sencia, mas alborotados son así que se escapan, pues es preciso que se resarzan, cuando puedan, del duro enco-gimiento en que los reteneis. Mas extrago causan en un lugar dos estudiantes de la ciudad, que todos los mozes del pueblo. Encerrad á un señorito y á un luga-reñillo en un cuarto; el primero lo derribará, lo romperá todo, antes que el otro se mueva de su sitio. ¿Por qué así, si no es porque el uno se da prisa á abusar de un instante de licencia, mientras que el otro, cierto siem-

pre de su libertad, nunca tiene prurito de hacer uso de ella? No obstante, los hijos de los aldeanos, muchas veces contemplados ó violentados, todavía se hallan muy distantes del estado en que quiero yo que se crien.

Sentemos como incontestable máxima, que siempre son rectos los movimientos primeros de la naturaleza: no hay perversidad original en el pecho humano; no se halla en él un solo vicio que no se pueda decir cómo y por dónde se introdujo. La única pasión natural del hombre es el amor de sí mismo, ó el amor propio tomado en sentido lato. Este amor propio, en sí, ó relativamente á nosotros, es útil y bueno; y como no tiene relación necesaria con otro en este respecto, es naturalmente indiferente: solo por la aplicación que de él se hace y las relaciones que se le dan, se torna bueno ó malo. Hasta que pueda encenderse la antorcha del amor propio, que es la razón, conviene que no haga nada un niño, porque le ven ó le oyen; en una palabra, nada con respecto á los demás, sino solo lo que le dicte la naturaleza, y entonces no hará cosa que no sea buena.

No quiero decir que nunca haga extrago, que no se haga mal, que no rompa acaso un mueble rico, si le encuentra á mano. Pudiera hacer mucho daño sin obrar mal, porque la acción mala pende de la intención de causar daño, y nunca tendrá tal intención. Si una vez sola la tuviese, todo estaria ya perdido, y seria malo casi sin remedio.

Una cosa es mala en dictámen de la avaricia y no lo es en el de la razón. Dejando á los niños con entera libertad de ejercitar su atolondramiento, conviene desviar de ellos todo cuanto pudiera hacerle costoso, y no dejarles á la mano cosa ninguna frágil y preciosa. Adórnesse su estancia con muebles toscos y sólidos, sin espejos, porcelanas ni efectos de lujo. En cuanto á mi Emilio, que educo en el campo, no habrá en su cuarto nada que le distinga del de un jornalero. ¿De qué sirve adornarle con tanto esmero, cuando debe estar tan pocos ratos en él? Pero me equivoco; él mismo le adornará, y en breve veremos con qué.

Si no obstante vuestras precauciones, sucediere que cometa el niño algun desorden, que rompa algun mue-

ble, no le castiguis por la negligencia vuestra; no le riñais; no oiga ni una palabra de reprension; no le dejéis ni columbrar siquiera que os ha dado un sentimiento; portaos exactamente como si se hubiera roto el mueble por acaso; finalmente, creed que no habreis logrado poco, si podeis no decirle nada.

¿Me atreveré á exponer aquí la regla mas grande, la mas importante, la mas útil de toda la educación? Pues no es el ganar tiempo, sino el perderle. Lectores vulgares, perdonadme mis paradojas; fuerza es que las haga quien reflexiona; y dígame lo que se quiera, vale mas ser hombre paradójico que hombre preocupado. El intervalo mas peligroso de la vida humana es desde el nacimiento hasta la edad de doce años, que es cuando brotan los errores y los vicios, sin que haya todavía instrumento ninguno para destruirlos; y cuando viene el instrumento son tan hondas las raíces, que no es ya tiempo de arrancarlas. Si llegasen los niños de un salto repentino desde el pecho de su madre hasta la edad de la razón, pudiera convenirles la educación que les dan; pero, segun el progreso natural, es menester una en todo opuesta. Seria necesario que no se valiesen de su alma hasta que poseyese esta todas sus facultades, porque es imposible que vea la antorcha que le presentais cuando está ciego, y que la inmensa llanura de las ideas siga una senda que la razón señala con casi imperceptibles rasgos, aun para los ojos mas linceos.

Así, la educación primera debe ser meramente negativa. Consiste, no en enseñar la virtud ni la verdad, sino en preservar de vicios el corazón y de errores el ánimo. Si pudiérais no hacer nada, ni dejar hacer nada; si pudiérais traer sano y robusto á vuestro alumno hasta la edad de doce años, sin que supiera distinguir su mano derecha de la izquierda; desde vuestras primeras lecciones se abrirían los ojos de su entendimiento á la razón, sin resabios ni preocupaciones; nada abria en él que pudiera oponerse á la eficacia de vuestros afanes. En breve se tornaria en vuestras manos el mas sabio de los hombres; y no haciendo nada al principio, hariais un portento de educación.

Obrad en todo al revés de lo que se usa, y casi siem-

pre hareis bien. Como no quieren que el niño sea niño sino que sea doctor, los padres y los maestros no ven la hora de enmendar, corregir, reprender, acariciar, amenazar, prometer, instruir, hablar en razon. Haced cosa mejor, sed racional, y no ratiocineis con vuestro alumno, con especialidad para hacer que apruebe lo que le desagrada, porque traer al retortero la razon en cosas desagradables, concluye por hacérsela fastidiosa, y desacreditarla muy pronto en un alma que todavía no es capaz de entenderla. Ejercitad su cuerpo, sus órganos, sus sentidos, sus fuerzas; pero mantened ociosa su alma cuanto mas tiempo fuere posible. Temed todos los afectos anteriores al juicio que los valúa. Contened, parad las impresiones que de fuera le vengán; y por estorbar que nazca el mal, no os acelereis á producir el bien, porque nunca lo es cuando no le alumbrá la razon. Reputad á ventaja todas las dilaciones, que no es alcanzar poco el adelantar hácia el término sin perder nada; dejad que madure la infancia en los niños. Finalmente, si se hiciere necesaria alguna leccion, guardaos de dársela hoy, si podeis dilatarla sin riesgo hasta mañana.

Otra consideracion que confirma la utilidad de este método, es la de la particular indole del niño, que es necesario conocer bien para saber qué régimen moral le conviene. Cada espíritu tiene su forma peculiar, segun la cual necesita ser gobernado; y para sacar fruto de los afanes que se toman, importa gobernarle por esta forma y no por otra. Hombre prudente, acecha por mucho tiempo la naturaleza, observa bien á tu alumno antes que le digas una palabra, deja que primero se manifieste con entera libertad el gérmen de su carácter, no le violentes en cosa ninguna para verle mejor por completo. ¿Piensas que es perdida para el niño esta época de libertad? Por el contrario, es la mas bien empleada, porque así aprendes tú á no perder un punto solo en tiempo mas precioso, en vez de que si empiezas á obrar antes que sepas lo que es menester hacer, obrarás á la aventura; expuesto á engañarte, tendrás que volver atrás, y te hallarás mas lejos de la meta, que si te hubieras dado menos prisa á tocarla. No hagás como

el avaro, que pierde mucho por no querer perder nada. Sacrifica en la edad primera un tiempo que volverás á ganar con usura en edad mas avanzada. El médico prudente no dá con atolondramiento sus remedios desde la primera visita, pues antes de recetar estudia el temperamento del doliente; empieza tarde á curarle, pero le sana; mientras que el que se precipita mucho, le mata.

¿Pero dónde pondremos á este niño para educarle así, como un ser insensible, como un autómeta? ¿Le colocaremos en la luna ó en una isla desierta? ¿Le apartaremos de todos los humanos? ¿No le ofrecerá continuamente el mundo el espectáculo y el ejemplo de las pasiones? ¿No verá nunca otros niños de su tiempo? ¿No verá á sus parientes, á sus vecinos, á su nodriza, á su ama, á su lacayo, á su mismo ayo, que al cabo no ha de ser un ángel?

Fuerte es y sólida esta objecion. ¿Pero os he dicho yo que fuese fácil empresa la de una educacion natural? ¡Oh hombres! ¿Es culpa mia si habeis hecho dificultoso todo cuanto es bueno? Conozco estas dificultades, las confieso, y acaso son insuperables; pero siempre es cierto que aplicándose á obviarlas, se remedian hasta cierto punto. Yo señalo la meta á donde debe dirigirse la carrera; no digo que se pueda llegar á ella, pero sí que el que mas se acerque sacará mas ventajas.

Acordaos de que antes de acometer la empresa de formar un hombre, es menester haberse uno mismo hecho hombre; y hallar en sí propio el ejemplo que se debe proponer. Mientras que no tiene todavía conocimiento el niño, hay tiempo para disponer todo cuanto á él se acerca, de manera que no se presenten á sus primeras miradas otros objetos que los que le conviene ver. Hacedos respetar de todo el mundo; empezad haciéndoos querer, para que procure cada uno complaceros. No sereis árbitro del niño, si no lo sois de todo cuanto le rodea; y nunca será esta autoridad suficiente, si no vá cimentada en la estimacion de la virtud. No se trata de agotar el bolsillo y esparcir dinero á manos llenas; nunca he visto que el dinero hiciese bien quisto á nadie. No ha de ser uno avaro ni duro, ni ha de compadecer la miseria que puede aliviar; pero es en balde

abrir las arcas, si no se abre tambien el corazon; el de los demás permanecerá cerrado. Vuestro tiempo, vuestra solicitud, vuestro afecto, vos mismo, eso es lo que habeis de dar, porque aunque hagais mas, se echa de ver que vuestro dinero no sois vos. Prendas hay de interés y benevolencia que son mas eficaces y realmente mas provechosas que todas las dádivas. ¡Cuántos desventurados y enfermos hay que necesitan consuelos mas que limosna! ¡Cuántos oprimidos que mas les sirve la proteccion que el dinero! Poned en paz las personas que se malquistan; precaved los pleitos; amonestad á los hijos de sus obligaciones, á los padres de la indulgencia; promoved matrimonios felices; estorbad las vejaciones; usad con prodigalidad del crédito de los parientes de vuestro alumno, amparando al débil á quien niegan justicia y que oprime el poderoso. Declaraos firme sustento de los desdichados. Sed justo, humano, benéfico; no hagais solo limosnas, haced caridad; mas alivian las obras de misericordia que el dinero. Amad á los otros y os amarán; servidlos y os servirán; sed hermano suyo y serán hijos vuestros.

Esta es otra razon porque quiero yo educar á Emilio en el campo, lejos de la canalla de criados, los últimos de los humanos despues de sus amos; lejos de las depravadas costumbres de las ciudades, que el pulimentado barniz que les dan hace atractivas y contagiosas para los niños; en vez de que los vicios de los jornaleros, sin ornato y con toda su selvática rusticidad, mas son para avergonzar, que para seducir, cuando no se saca fruto de imitarlos.

En una aldea será mas árbitro el ayo de los objetos que quiera presentar al niño; su reputacion, sus palabras, su ejemplo, tendrán una autoridad que en la ciudad no pudieran tener: como es útil á todo el mundo, todos anhelarán complacerle, hacerse estimar de él y presentarse al discípulo como quisiera en efecto el maestro que fuesen; y si no se enmiendan del vicio, se abstendrán del escándalo; que es todo cuanto necesitamos para nuestro objeto.

Cesad de achacar á los demás vuestros propios yerros; menos corrompe á los niños el mal que ven, que

el que vosotros les enseñais. Sermoneando siempre, moralizando siempre y siempre pedantes, con una idea que les sugerís creyendo que es buena, les dais otras veinte que nada valen; llenos de lo que teneis en la cabeza, no veis qué efecto producís en la suya. ¿En todo ese copioso flujo de palabras conque sin cesar los enfadais, creéis que no haya una que entiendan trastrocadamente? ¿Pensais que no comenten á su modo vuestras difusas explicaciones, y no hallen materia para formar un sistema á su alcance, que, cuando llegue el caso, sepan oponeros?

Escuchad á uno de estos hombrecillos que acabais de aleccionar; dejadle charlar, proponer cuestiones, desbarrar á su sabor, y vais asombraros del extraño giro que á vuestros raciocinios ha dado en su cabeza; todo lo confunde, todo lo trastrueca; os impacienta, y os aflige á veces con imprevistos reparos; os fuerza á que calleis ó le hagais callar. ¿Y qué puede pensar de este silencio de un hombre que tanto se perece por hablar? Si una vez alcanza este triunfo, y lo conoce, adios educacion; en este punto todo se acabó; ya no procura instruirse, procura refutaros.

Maestros celosos, sed sencillos, prudentes, circunspectos; no os deis prisa á obrar, como no sea para estorbar que otros obren; repítolo sin cesar; diferid, si es posible, una instruccion buena, por temor de dar una mala. En esta tierra, que la naturaleza hubiera hecho el primer paraíso del hombre, temed no hagais el oficio del tentador, queriendo dar á la inocencia el conocimiento del bien y el mal; no pudiendo impedir que se instruya el niño con los ejemplos que vea, ceñid toda vuestra vigilancia á imprimir en su ánimo estos ejemplos con la imágen que le convenga.

Las impetuosas pasiones producen gran efecto en el niño que las presencia, porque tiene señales muy sensibles que le hacen bastante impresion, y le fuerzan á fijar la atencion en ellas. Especialmente la ira, es tan estrepitosa en sus arrebatos, que es imposible no conocerla en hallándose cerca. No preguntemos si es esta una ocasion adecuada para un pedagogo de hacer un soberbio discurso. Fuera los discursos; nada de eso,

ni una palabra. Dejad hablar al niño: átonito con la escena, no dejará de haceros preguntas. Obvia es la respuesta, y sacada de los mismos objetos que han hecho impresion en sus sentidos. Vé un rostro inflamado, unos ojos que echan fuego, un ademan amenazador; oye gritos, señales todas de que no está el cuerpo en su estado natural. Decidle sériamente, sin afectacion ni misterio: ¡Ese pobre hombre está malo, tiene un ataque de calentura! Aquí podeis aprovechar la ocasion para darle en pocas palabras idea de las enfermedades y sus efectos; porque tambien son cosa natural, y uno de los vinculos de la necesidad á que se debe reconocer sujeto.

¿Es posible que en virtud de esta idea, que no es falsa, no contraiga desde muy niño cierta repugnancia de entregarse á los excesos de las pasiones que mirará como enfermedades? ¿Creeis que semejante nocion, dada á tiempo, no produzca mas saludables efectos que el mas fastidioso sermón de moral? Ved ahora las consecuencias de esta nocion para lo venidero: ya estais autorizado, si alguna vez os veis precisado á ello, á tratar á un niño rabioso como á un niño enfermo; á encerrarle en su cuarto, en su cama, si fuere necesario; á tenerle á dieta, á asustarle á él mismo con sus nacientes vicios, á hacérseles odiosos y temibles, sin que pueda nunca mirar como castigo la severidad que acaso os vereis precisado á usar para curarle. Y si á vos mismo os sucede en algun momento de vivacidad salir de la frialdad y la moderacion que con tanto esmero debeis conservar, no procureis encubrirle vuestro yerro; decidle ingénuamente como una cariñosa queja: Amiguito, me has puesto malo.

En cuanto á lo demás, importa que todas las gracias que pueda dictar al niño la sencillez de ideas en que está criado, nunca se anoten en su presencia, ni se citen de manera que pueda él saberlo. Una imprudente carcajada puede echar á perder la faena de seis meses, y causar un irreparable perjuicio para toda la vida. No me cansaré de repetir bastante, que, para ser árbitro del niño, es preciso serlo de sí propio. Me figuro á mi niño Emilio, en la fuerza de una quimera entre dos vecinas, que se va á la mas enfurecida, y la dice en tono

de compasion: *Vecinita, V. está mala, mucho lo siento.* Ciertamente no quedará sin efecto este arranque en los espectadores, y acaso en las actrices. Sin reirme, sin reñirle, sin elogiarle, me le llevo de grado ó por fuerza antes que pueda reconocer este efecto, ó á lo menos antes que en él piense; y me doy prisa á distraerle con otros objetos que muy presto se le hagan olvidar.

No es mi ánimo detenerme en las mas pequeñas circunstancias, sino solo sentar las máximas generales y dar ejemplos en los lances dificultosos. Tengo por imposible que en el seno de la sociedad pueda llegar un niño á la edad de doce años, sin que se le dé alguna idea de las relaciones de hombre á hombre, y la moralidad de las acciones humanas. Basta con esmerarse en que no le sean necesarias estas nociones hasta lo mas tarde que sea posible; y cuando se hayan hecho inevitables, en ceñirlas á la utilidad presente, solo para que no se crea dueño de todo, y no haga mal á otro sin escrúpulo y sin saberlo. Hay caractéres blandos y pacíficos, que se pueden conducir sin peligro hasta muy lejos en su primera inocencia; pero tambien hay naturales violentos cuya ferocidad se desenvuelve muy temprano, y que es necesario apresurarse á hacerlos hombres, para no verse obligados á encadenarlos.

Nuestras primeras obligaciones son relativas á nosotros; nuestros primitivos afectos se concentran en nosotros mismos; todos nuestros movimientos naturales se refieren primero á nuestra conservacion y á nuestro bienestar. El primer afecto de la justicia no nos viene de la que debemos, sino de la que nos deben; y por eso es uno de los defectos de las educaciones comunes el hablar siempre de sus obligaciones á los niños, y nunca de sus derechos, empezando por decirles lo contrario de lo que necesitan; cosa que ni pueden entender ni les interesa.

Si tuviera, pues, que conducir á uno de los que acabo de suponer, diria: Un niño nunca acomete á las personas, sino á las cosas (1); y en breve le enseña la ex-

(1) Nunca se ha de consentir que un niño trate á los mayores como á inferiores ni aun como á iguales suyos. Si se atreviese á pegar de ve-

perencia á respetar á cuantos tienen mas fuerza y edad; pero las cosas no se defienden á sí mismas. Por tanto, la primera idea que se le ha de dar, no tanto es la de la libertad quanto la de la propiedad; y para poder tener esta idea, es menester que tenga alguna cosa propia. Cítarle sus vestidos, sus muebles, sus juguetes, es no decirle nada, porque si bien dispone de estas cosas, no sabe por qué ni cómo las posee. Decirle que las tiene porque se las han dado, no es adelantar nada, porque para dar es necesario tener; luego hay una propiedad que antecedió á la suya, y lo que se quiere explicar es el principio de la propiedad, además de que la donacion es un convenio, y no puede saber todavía el niño lo que es convenio (1). Ruégoos, lectores, que noteis en este ejemplo y en otros cien mil, como atestando la cabeza de los niños de palabras que no tienen significacion ninguna á su alcance, creen sin embargo que les han dado instruccion.

Trátase, pues, de llegar al origen de la propiedad, porque de aquí debe nacer la primera idea de ella. El niño que vive en el campo tomará alguna nocion de las faenas rústicas; para esto no se necesitan mas que ojos y espacio, y tiene uno y otro. En toda edad y sobre todo en la suya, quiere el hombre crear, imitar, producir, dar señales de actividad y potencia. Así que vea dos veces cavar una huerta, sembrar, nacer, crecer las legumbres, ya querrá ser hortelano.

En virtud de los principios arriba establecidos, no me opongo á su deseo; por el contrario, le favorezco, tomo parte en él, trabajo con él, no por hacer su gusto, como él cree, sino por hacer el mio; soy su mozo

---

ras á alguno, aunque fuera su lacayo, aunque fuera el verdugo, haced que le restituya este con usura sus golpes, y de manera que le quite la gana de secundarlos. He visto á niñeras imprudentes que atizan la cólera de las criaturas, las excitan á que peguen, se dejan pegar y se rien de sus débiles golpes, sin hacerse cargo de que en la intencion del niño furioso eran otras tantas heridas de muerte, y que el que quiere pegar cuando chico, querrá matar cuando sea mayor.

(1) Por eso la mayor parte de los niños quieren volver á tomar lo que han dado, y lloran cuando no se lo devuelven: lo cual no hacen cuando han entendido bien lo que es una dádiva, solo que entonces son mas circunspectos en dar.

de huerta; interin tiene él fuerzas, cavo yo la tierra; toma él posesion sembrando un haba; y cierto mas sagrada y respetable es esta posesion que la que de la América meridional tomó Nuñez de Balboa en nombre del Rey de España, plantando su estandarte en las playas del mar del Sur.

Todos los dias venimos á regar las habas, y las vemos nacer con arrebatos de júbilo. Aumento yo este júbilo diciéndole: *esto te pertenece*; y explicándole entonces este término de pertenencia, le hago conocer que ha gastado en este plantío su tiempo, sus faenas, su pena, finalmente, su persona; que en esta tierra hay una cosa que es parte de él mismo, y que puede reclamar contra cualquiera, como pudiera sacar su brazo de la mano de otro hombre que se le tuviera asido contra su voluntad.

Pero llega un dia corriendo con la regadera en la mano. ¡Oh espectáculo! ¡Oh dolor! Todas las habas están arrancadas, toda la tierra removida, ni aun el sitio es conocido. ¡Ah! ¿Qué se ha hecho de mi trabajo, la obra mia, el dulce fruto de mis sudores y afanes? ¿Quién me ha robado mi caudal? ¿Quién me ha cogido mis habas? Este pecho nuevo se levanta en peso; el sentimiento primero de la injusticia vierte en él su amargura acerba; corre de sus ojos un raudal de lágrimas; sin consuelo el niño, llena el viento de gritos y sollozos. Entro yo á la parte de su dolor y su indignacion; indagamos, nos informamos, hacemos pesquisas; al fin descubrimos que el hortelano ha cometido el daño, y le llamamos.

Empero ahora nos hallamos muy lejos de nuestra cuenta. Sabiendo el hortelano de lo que nos quejamos, empieza á quejarse con mas violencia que nosotros. ¡Con que Vds. señores, son los que me han echado á perder mi trabajo! Habia sembrado yo unos melones de Valencia, cuyas pepitas me las habian dado como un tesoro; queria regalarles algunos cuando estuvieran maduros, y héteme que por sembrar sus malditas habas, me han arrancado mis melones que ya estaban nacidos, y que nunca podré volver á hacerme con ellos. Me han hecho Vds. un perjuicio irreparable, y se han privado del gusto de comer melones exquisitos.

JUAN-JACOBO.

Perdonémoslo V., pobre Roberto; tenía V. empleado aquí su trabajo, sus faenas. Bien veo que hemos hecho mal en destrozár su obra; pero mandaremos traer otras pepitas de melones de Valencia, y no trabajaremos la tierra antes de saber si ha tocado alguno á ella antes que nosotros.

ROBERTO.

¡Bah! si es así, señores, bien pueden Vds. echarse á dormir, porque aquí no hay tierras baldías. Yo trabajo la que benefició mi padre; cada uno hace por su parte lo mismo, y todas las tierras que ven Vds. tienen dueño hace mucho tiempo.

EMILIO.

Señor Roberto, ¿con que se perderán muchas veces las pepitas de melón?

ROBERTO.

Perdone V., niño, pero no sucederá así, porque no tenemos muchos señoritos tan atolondrados como V. Nadie toca al jardín de su vecino, y respeta cada uno el trabajo de los demás, para que esté seguro el suyo.

EMILIO.

Pero yo no tengo huerta.

ROBERTO.

¿Qué me importa á mí? Si V. echa á perder la mía, no le dejaré que se pasee por ella, porque no quiero yo perder mis faenas.

JUAN-JACOBO.

¿No nos podríamos componer con el buen Roberto? Que nos dé á mi amiguito y á mí un rícon de su huerta para cultivarle, á condicion de que le daremos la mitad de lo que produzca.

ROBERTO.

Yo se lo doy á Vds. sin esa condicion. Pero acuér-

dense de que iré á cavar sus habas, si tocan á mis melones.

En este ensayo sobre el modo de inculcar á los niños las nociones primitivas, vemos cómo naturalmente sube la idea de propiedad al derecho del primer ocupante por el trabajo. Esto es claro, obvio, sencillo, y siempre al alcance del niño. Desde aquí hasta el derecho de propiedad y las permutas, no falta mas que un paso, dado el cual no se debe seguir adelante.

También se ve que una explicacion que ocupa aquí dos páginas de escrito, será acaso negocio de un año en la práctica, porque en la carrera de las ideas morales no es posible adelantar sin suma lentitud, ni está de mas el esmero que se ponga en afianzar cada pisado. Ruégoos, jóvenes maestros, que reflexioneis en este ejemplo, y os acordeis de que en todo, mas deben consistir en accion vuestras lecciones que en discursos, por que con facilidad se olvidan los niños de lo que han dicho y lo que les han dicho, pero no de lo que han hecho y les han hecho.

Las instrucciones de esta especie, como he dicho, se deben dar mas temprano ó mas tarde, segun acelera ó retarda la necesidad de ella la indole pacífica ó revoltosa del alumno; su uso es de una palpable evidencia: pero para no omitir nada importante en las cosas dificultosas, demos todavía otro ejemplo.

Vuestro niño discolo echa á perder todo cuanto toca; no os enfadeis; desviad de él todo cuanto pueda echar á perder. Rompe los muebles de su servicio, pues no os deis prisa á darle otros; dejadle que sienta todo el daño de la privacion. Quiebra los vidrios de sus ventanas; dejad que le dé el viento de día y de noche, sin curaros de sus resfriados, que vale mas que se resfrie que no que sea loco. No os quejeis nunca de las incomodidades que os causa, pero haced de modo que sea él el primero que las sufra. Al cabo haceis poner los vidrios sin decir nada. Los vuelve á quebrar: pues mudad entonces de método; decidle con sequedad, pero sin enojo: las puertas vidrieras son mias; yo las he hecho poner ahí, y quiero resguardarlas: despues le encerrais en un cuarto oscuro sin ventanas. A tan estraño proceder grita,



alborota: nadie le escucha. Presto se cansa y muda de estilo; se lamenta, solloza; preséntase un criado, y el alborotador le ruega que le saque de allí. Sin buscar pretextos para hacerlo, le responde el criado: *si, que no tengo yo vidrieras en mi ventana, y se marcha.* Al fin, cuando haya pasado el niño algunas horas en su encierro, el tiempo suficiente para sufrir mucho fastidio y que no se le olvide la lección, le sugerirá alguien la idea de que os proponga un convenio en virtud del cual le restituyais su libertad, y no quiebre mas vidrios. No desea otra cosa; os mandará á buscar, vendreis luego, hará su propuesta, y la admitireis al instante diciéndole: es cosa muy bien pensada; ambos ganaremos en ello; ¿por qué no te ocurrió antes esa idea? Luego, sin exigir protestas ni confirmaciones de su promesa, le dareis un cariñoso abrazo y le llevareis al punto á su aposento, considerando este convenio como tan inviolable y sagrado cual si se hubiera hecho con solemne juramento. ¿Qué idea creéis que le dé este modo de proceder, de la fé de los convenios y su utilidad? O yo me engaño, ó no hay sobre la tierra ni un niño siquiera, no estragado ya, que á despecho de esta conducta piense en romper á sabiendas una vidriera. Sigase el encadenamiento de todo esto; cuando hacía el bribonzuelo un agujero para sembrar un haba, no pensaba que habría un calabozo donde no tardaría en encerrarle su ciencia (1).

Ya estamos en el mundo moral, ya está la puerta abierta al vicio; con las convenciones y las obligaciones

(1) En cuanto á lo demás, aun cuando esta obligacion de cumplir su palabra no la cimentara en el ánimo del niño el peso de su utilidad, en breve el sentimiento interno, que empieza á rayar, se la impondría como ley de la conciencia, como principio innato que para desenvolverse solo aguarda los conocimientos á que se aplica. Este rasgo primero no le señala la mano de los hombres, que le graba en nuestros pechos el autor de toda justicia. Quitese la primitiva ley de las convenciones y la obligacion que esta impone, y todo en la sociedad humana es ilusorio y vano. Quien solo por su utilidad cumple con su promesa, poco mas ligado está que si nada hubiera prometido; ó cuando mas, se servirá de la facultad de violarlas, como hacen los jugadores de pelota con las faltas, que si se las pasan á sus contrarios, es cuando pueden hacerlo sin correr riesgo de perder el juego. Este principio es importantísimo y merece profundizarse, porque aquí empieza el hombre á estar en contradiccion consigo mismo.

nacen la mentira y el engaño. Así que es posible hacer lo que no es debido, queremos ocultar lo que no debimos hacer; así que el interés esfuerza á prometer, otro interés mayor puede hacer violar la promesa; solo se trata de violarla con impunidad, y el recurso natural es esconderse y mentir. No habiendo podido precaver el vicio, ya estamos en el caso de castigarle. Estas son las miserias de la vida humana, que empiezan con sus errores.

Lo que he dicho basta para dar á entender que nunca se ha de dar á los niños un castigo como castigo, sino que les debe siempre sobrevenir como natural consecuencia de una mala accion. Así no declameis contra la mentira, no los castigueis precisamente porque han mentido; pero haced que cuando mintieren, recaigan en su cabeza todos los malos efectos de la mentira, como el no ser creidos aun cuando hablen verdad, ó el ser acusados del mal que no hayan hecho, aun cuando le nieguen. Pero expliquemos qué cosa es mentir en los niños.

Dos géneros hay de mentira: la de hecho, que se refiere á lo pasado; y la de derecho, relativa á lo futuro. Verifícase la primera cuando niega uno que ha hecho lo que hizo, ó afirma que ha hecho lo que no hizo, y generalmente, cuando á sabiendas habla contra la verdad de las cosas: la otra consiste en prometer uno lo que no tiene ánimo de cumplir, y en general, en manifestar una intencion contraria á la que tiene. Alguna vez pueden ambas mentiras hallarse en una sola (1), pero aquí las considero solo en cuanto á sus diferencias.

El que experimenta la necesidad que tiene del socorro de los demás, y no cesa de ser objeto de su benevolencia, ningun interés tiene en engañarlos; por el contrario, le tiene muy obvio en que vean las cosas como son, por temor de que se engañen en detrimento suyo. Así es claro que no es natural á los niños la mentira de hecho; pero la necesidad de mentir la produce la ley de la obediencia, porque siendo esta penosa, se

(1) Como cuando acusado de un delito se defiende el reo diciendo que es hombre de bien; entonces dice mentira de hecho y de derecho.

zafan en secreto de ella cuanto mas pueden; y el interés presente de evitar la reprobacion ó el castigo, puede mas que el remoto de hablar verdad. Pero en la educacion libre y natural, ¿por qué ha de mentir vuestro hijo? ¿Qué tiene que ocultaros? Ni le reprendeis, ni le castigais por nada, ni exigís nada de él. ¿Por qué no os ha de decir todo cuanto haya hecho con tanta ingenuidad como á un camarada suyo? No prevee mas peligro en confesárselo á uno que á otro.

Todavía menos natural es la mentira de derecho, puesto que las promesas de hacer ó abstenerse, son actos convencionales, que salen fuera del estado natural y derogan la libertad. Hay mas, todas las obligaciones de los niños son nulas en sí, puesto que no pudiendo extender su corta vista mas allá de lo presente, no saben lo que hacen cuando se obligan. Obligándose, apenas si puede mentir un niño, porque no pensando mas que en salir del apuro en el actual instante, le parece indiferente todo medio que no tiene inmediato efecto; nada promete cuando lo hace para un tiempo futuro, y todavía soñolienta su imaginacion no sabe extender su estado á dos épocas distintas. Si pudiese librarse de llevar azotes, ó que le dieran un cucurucho de dulces con prometer tirarse al dia siguiente por el balcon, al instante lo prometeria. Por eso las leyes no tienen en cuenta ninguna de las obligaciones de los niños; y cuando mas severos los padres y maestros exigen que con ellas cumplan, es en lo que debería hacer el niño, aun cuando no lo hubiere prometido.

Así que obligándose no puede mentir el niño, pues que al obligarse no sabe lo que hace. No es lo mismo cuando falta á una palabra, lo cual tambien es una especie de mentira retroactiva; porque muy bien se acuerda de que dió esta palabra; empero lo que no vé, es la importancia de cumplirla. Incapaz de pensar en lo futuro, no vé las consecuencias de las cosas; y cuando falta á sus obligaciones, nada hace contra la razon de su edad.

De aquí se sigue que todas las mentiras de los niños son obra de los maestros, y que querer enseñarles á que digan la verdad es querer enseñarles á que mientan.

Con el anhelo que tienen por dictarles reglas, gobernarlos, instruirlos, nunca encuentran los bastantes instrumentos para conseguirlo; quieren ligar mas su alma con infundadas máximas, con preceptos sin razon, y prefieren que sepan su leccion y mientan, á que se queden ignorantes y verídicos.

Nosotros, que á nuestros alumnos solo les damos lecciones de práctica, y que mas bien queremos que sean buenos que sabios, no exigimos de ellos la verdad, por temor de que la encubran, ni les hacemos que prometan nada que puedan incurrir en la tentacion de no cumplir. Si durante mi ausencia se ha cometido algun mal cuyo autor ignoro, me guardaré mucho de acusar de él á Emilio, ó de preguntarle *¿fuiste tú?* (1). Porque ¿qué otra cosa haria con esto que enseñarle á que lo niegue? Y si por su índole poco flexible me fuerza á que haga algun convenio con él, dispondré de manera mis medidas que siempre proceda de él la propuesta, nunca de mí; que cuando se haya obligado, siempre tenga un interés sensible y actual en cumplir su palabra; y que si alguna vez faltare á ella, le acarree esta mentira males que vea que salen del orden mismo de las cosas y no de la venganza de su ayo. Lejos empero de ser necesario el recurso de expedientes tan crueles, casi estoy cierto de que sabrá muy tarde Emilio qué cosa es mentir, y de que cuando lo sepa se admirará mucho, no pudiendo comprender para qué pueda ser buena la mentira. Es cosa clara que cuanto mas independiente hago su ventura de la voluntad como del juicio ajeno, mas desarraigo de él todo interés de mentir.

Quien no tiene prisa de instruir, tampoco de exigir la tiene, y se toma tiempo para no exigir nada fuera de razon. Entonces se forma el niño, porque no se echa á perder. Pero cuando un preceptor atolondrado que

(1) No hay cosa mas imprudente que semejante pregunta, sobre todo si el niño tiene la culpa; si entonces cree que sabemos lo que ha hecho, verá que le tendemos un lazo, y no puede menos de indisponerle esta opinion con nosotros. Si no lo cree, dirá: ¿á qué he de descubrir mi culpa? Así su tentacion primera de mentir es efecto de nuestra imprudente pregunta.